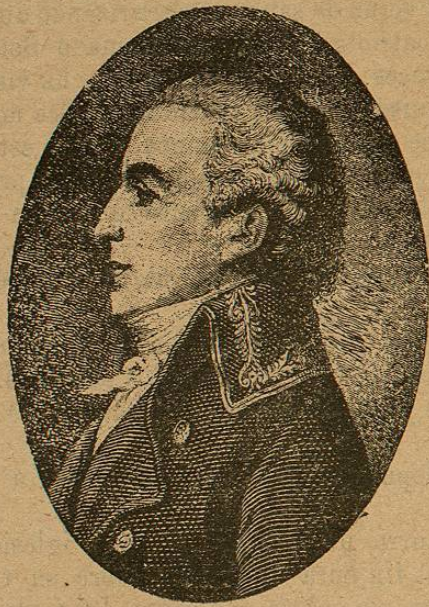


ror ni escrúpulos. Los constitucionales no pasaban á mejor vida si no sufriendo martirios atroces. Las columnas de Cathelineau el 16 y 17 de Marzo encontraron dos curas republicanos y los mataron á golpe de pica.

Hacíanse grandes esfuerzos para impedir que los campesinos mataran á los prisioneros de Montaigu. Los nobles trabajaron con valor en este sentido.

Los prisioneros de Cholet no se salvarían. No había medio humano que pudiera ser empleado. Durante la semana de Pascua, fueron inmo-



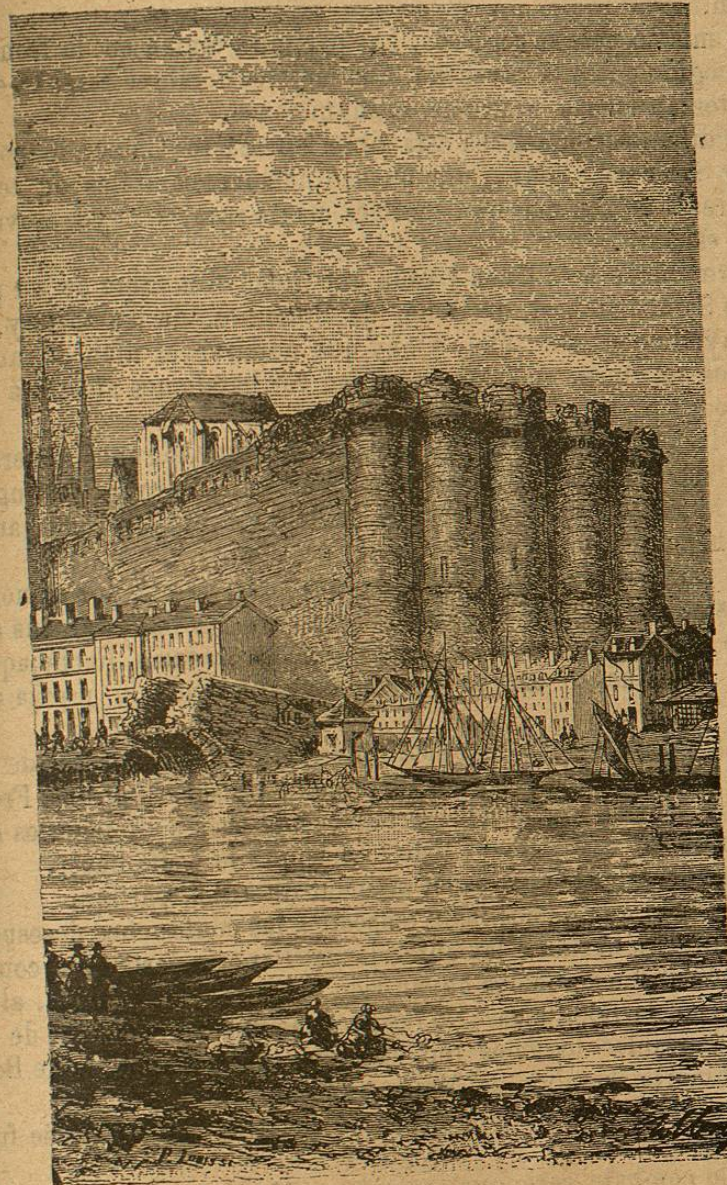
GORSAS

lados, sacrificados. El Jueves Santo mataron á seis jóvenes patriotas de Montpellier que tenían casa de comercio en Cholet. Se les ató al árbol de la Libertad para fusilarlos, *á ellos y al árbol*. Sin duda alguna, estos campesinos eran gente tan valerosa como fanática. Vióse con qué indiferencia se arrojaban sobre las bocas de los cañones republicanos. Su arrojo forma historia. Este valor es una leyenda gloriosa para Francia.

Nosotros no intentaremos disminuir lo que realmente significa el valor de la raza francesa.

Hombres de la sangre fría de Cathelineau y de la cultura militar de Charette no se hubieran lanzado á la lucha si no hubiesen creído posible la victoria entonces. La guerra era gigantesca porque se había de luchar contra Francia.

Toda la baja Vendée, toda la costa de Nantes y de la Rochela estaban guardadas por dos mil hombres divididos entre nueve pequeñas



Castillo de Angers

ciudades. Componían estos dos mil hombres, cinco batallones de línea, tres incompletos de los depósitos formados de los hombres menos útiles que no se encontraban en estado de marchar á la frontera.

Y ¿quién guardaba la baja Vendée? *Nadie, absolutamente nadie.*

No había tropas ni en Sammer, ni en Angers, salvo un cuerpo compuesto de gente joven, de caballería, debiendo prestar el servicio de dragones. Se enviaron cien á Cholet, cuando la amenazó la insurrección.

El mismo país se vigilaba. Las capitales tenían en la frontera á lo más escogido entre la juventud. Sus mejores hombres estaban en Bélgica. Ni tenían tropas, ni armas, ni municiones.

Es difícil sostenerse en esta situación. Salvo Cholet, Luçon, Fontenay y Sables-d' Olonne, que pueden llamarse capitales de tercer orden, el resto no son más que enormes masas rurales, cuyos movimientos causan espanto.

Formáronse batallones y cada uno tomó el nombre de su país: los hubo de Saint-Lambert, de Doné, de Bressuire, de Parthenay, Niort, Fontenay, Luçon, etc., etc., y hay que admirar el afán de multiplicidad de los escritores realistas que creen ver batallones afectos á su causa por todas partes.

En las capitales no habían quedado más que algunos generales jubilados, septuagenarios, tales como Verteuil, Marcé, Wittingoff. El resto de la gente eran comerciantes, médicos, rentistas que jamás habían manejado un arma.

Los campesinos eran excelentes cazadores, no solo por afición hereditaria, sino por obligación, pues muchas veces los llamaban sus señores para que cazaran en sus cotos, como lo hacía madama Rochejaquelain; desde el 89, que se cazaba en completa libertad sin previa autorización.

Los guardias nacionales, padres de familia, tenían deseos de meterse en sus casas donde les esperaban su mujer y sus chiquillos. Frente al enemigo se sentían mejor de piernas que de brazos. Retenerlos quince días fuera de sus casas era ya todo lo más que se podía hacer.

Apenas comenzaban á saber manejar un arma, partían.

He aquí lo que hemos leído respecto á las confesiones desesperadas que los militares hacían á las autoridades. Por otra parte no se comprende que unos mismos pueblos hayan sido valientes y cobardes, alternativamente, por la República. ¿No fué de estas mismas comarcas de donde salieron admirables legiones republicanas, especialmente la de Beaurepaire, el inmortal batallón del Maine y Loira?

En realidad hasta fines de Mayo no llegaron á la Vendée fuerzas organizadas.

El solo combate serio que ocurrió en Marzo, fué el del día 19, en la baja Vendée, entre Chantenay y Saint-Vincent.

Un tal Bourdic, peluquero bretón (como se ve, los peluqueros eran la flor del realismo) capitaneaba un grupo de cincuenta individuos que no quisieron partir á la frontera. Atravesaron la baja Vendée. Todos los campesinos se les unieron hasta formar una respetable columna. Un día ocurrió un ligerísimo combate. Fué muerto un oficial. Gaston se puso

su traje y se hizo proclamar general. El día 15 atacó á Chantenay y se apoderó de la población.

Al principio se creyó y así lo escribieron los representantes Carra y Gion, que el generalísimo de la Vendée era el peluquero Gastón Bourdic.

Se creyó así en la Convención y en Europa. En realidad había veinte jefes de la Vendée, independientes entre sí. En estas regiones los más importantes fueron Royran y Lapinaud, dos nobles á quienes obligaron los campesinos á que tomasen las armas. Gaston indudablemente se unió á ellos. Las fuerzas combinadas se encontraron el 19 frente al general Marcé, quien sin consultar con sus años, partió de la Rochela con quinientos soldados de línea, á los cuales se unieron por el camino gran número de guardias nacionales. A Marcé le hirieron su caballo y su uniforme, como el de sus hijos, fué agujereado por las balas. Marcé frente al enemigo quedó casi solo. Una gran parte de sus tropas huyó arrastrándolo todo.

¿Quién podía impedir que la insurrección fuera dueña de todo el país? En la alta Vendée nada ni nadie. En la baja un valiente oficial apoyado por fuerzas nacionales del Finisterre se mantenía denodadamente. Llamábase Boulard. De vez en cuando al general Boulard apoyábanle fuerzas bordelesas. Estas mostraron heroico patriotismo. Partidos de Burdeos apenas estalló la insurrección, los batallones de la Gironda hicieron tan largo viaje sin descansar, atacando á cuantas fuerzas de la Vendée encontraron á la bayoneta, sin que nada les detuviera.

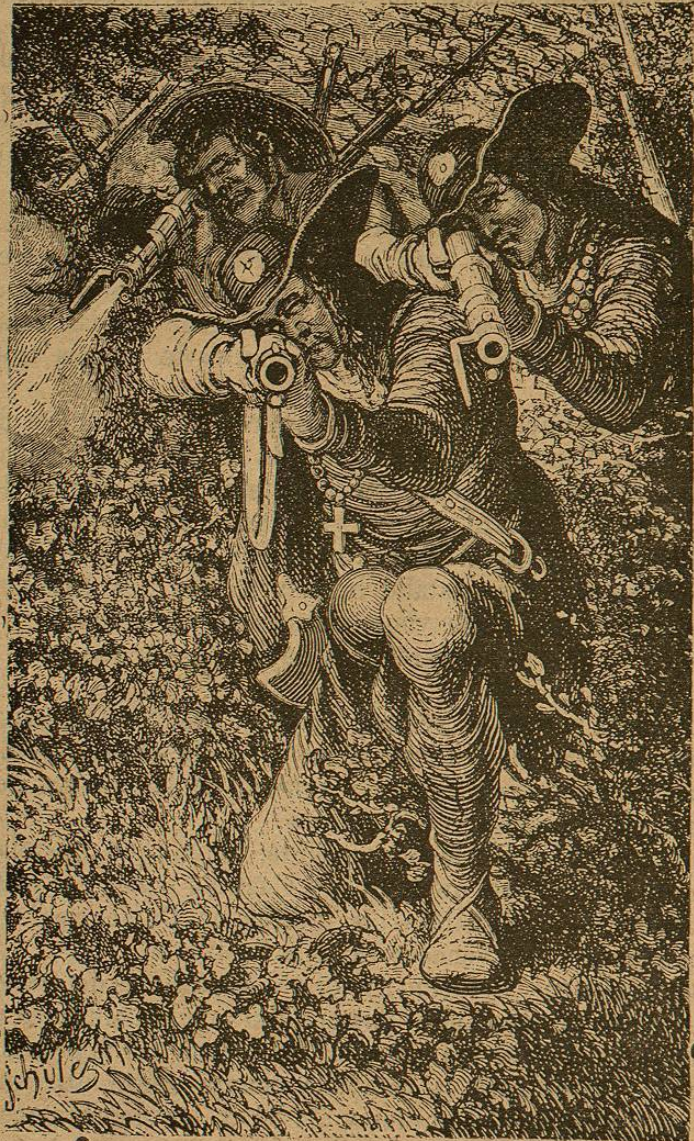
Desde todas partes se pedían socorros. De Nantes, Angers, Sables. El ministro de la Guerra apenas si podía responder. El general Labourdonnaie que ejercía el mando general de las costas, llegó finalmente á acusar al ministro de la Guerra.

Este tuvo que escribirle lo siguiente: «Pero ¿qué queréis que haga? ¿Cómo puedo quitarle un hombre á Custine, cuando se está batiendo en retirada? ¿Cómo debilitar las fuerzas de Dumouriez? Os enviaré quinientos hombres, los vencedores de la Bastilla.»

¡Triste confesión! ¡Refuerzo irrisorio! Los patriotas del Oeste estaban perdidos si no se salvaban ellos mismos. En muchas ciudades y pueblos de la Bretaña portáronse bravamente, tanto como las fanatizadas turbas de la Vendée. Dieron para la campaña cuanta gente útil tenían. Dol había de proporcionar 16 hombres y dió 34 y los demás pueblos lo hicieron en la misma proporción. Los sacrificios que realizó Nantes no son para descritos.

Rodeada la capital, sin comunicación alguna, convertida en la isla de un mar de revueltas, de luchas sangrientas, de asesinatos y de incendios, en su propia situación peligrosísima encontró fuerzas prodigiosas. Constituyó un gobierno, organizó tropas y las envió al Loira Inferior.

El 13 de Marzo todas las tropas organizadas de la capital se unieron en un solo cuerpo.



Tiradores vendeanos

Guardaron los capitales en el castillo de Nantes. Crearon tribunales de guerra para juzgar á los rebeldes cogidos con las armas en la mano; organizaron un tribunal supremo, contra el que no cabía apela-

ción alguna, como advertencia á los realistas de que al menor movimiento de las capitales morirían en la guillotina.



Ni siquiera lleva al horno su amasijo. Empuñó su fusil. (Pág. 638)

Lo que tanto á Nantes como á las demás capitales causaba espanto, es que la insurrección se presentase al principio con caracteres misteriosos, anónimos.

No tenía por jefe á ningún hombre conocido. Nada se sabía de los hombres, de los hechos, de las causas.

Salvo Lapinaud y Royran no tenía ni un general conocido.

El mismo Lapinaud cogió las armas á su despecho: «Amigos míos, les dijo, queréis ser destrozados; un departamento contra ochenta y dos; es como el niño contra el gigante; creedme, es más conveniente quedarnos en casa.»

Tanto Charette y Mr. de Bouchamps, como Mr. Elbec, fueron á su disgusto á la campaña. Tan solo mandaron pequeñas bandas, nunca fueron generales.

El peluquero Gaston era el solo general conocido en la baja Vendée y Cathelineau y Stofflet en la alta.

Poseemos un testimonio incontrovertible: el interrogatorio á que fué sometido, el día 27 de Marzo el hermano de Cathelineau que fué hecho prisionero. Se le pregunta: «¿Quiénes eran los jefes?» Responde: «Stofflet y Cathelineau.»

Después se le preguntó: «¿Había nobles entre los insurrectos?» Responde: «No hay nadie más que Mr. Elbec y otro cuyo nombre ignoro.»

Al interrogarle acerca de si había ó no otras personas conocidas dijo que si. Eran comerciantes de baja categoría, industriales de los más bajos de Jallais y de Beaupreau.

Esto precisamente da un carácter más terrible á la guerra interior. La calidad de elementos que en ella luchan.

La Francia atacada desde fuera por toda Europa tenía interiormente un enemigo.

Ignorábase su nombre. No se podía definir; enemigo que luchaba escondiendo el cuerpo para evitar el ataque y que cada uno de sus disparos era certero.

Era el enemigo de Francia, un monstruo informe.



CAPITULO VI

Traición de Dumouriez (Marzo-Abril del 93)

Unanimidad de la Convención contra la Vendée.—Grandes medidas sociales.—Dumouriez estaba mal con todos los partidos.—No tenía intimidación más que con los realistas.—Carta insolente de Dumouriez á la Convención (12 Marzo).—Dumouriez aventura la batalla de Nerwinde (18 Marzo).—Sus órdenes y disposiciones en provecho de los orleanistas.—Miranda.—Dumouriez arroja la responsabilidad de la derrota sobre Miranda.—Convenio de Dumouriez con los austriacos.—Peligro para Danton.—A Danton se le cree cómplice de Dumouriez.—Danton acusado por la Gironda (1 de Abril).—La Convención abdica de su inviolabilidad.—Dumouriez arresta á los comisarios de la Convención.—Dumouriez se pasa al enemigo.

La noticia de que había estallado la Vendée causó en París indignación profunda, furor, el furor del hombre que se ve atacado insidiosamente por todas partes.

Era la segunda vez que juntamente con la invasión extranjera estallaba la insurrección interior.

Nuestras líneas forzadas sobre el Mosa, nuestro ejército del Rhin en plena retirada, Custine dejando la mitad de su ejército en Mayence y refugiándose bajo el cañón de Landan. Todo esto se sabía de Este. En todas partes retrocedíamos. Por el Este como por el Norte pesaba sobre nosotros la enorme masa alemana. Sus cuarenta millones de hombres nos abrumaban. ¿Sobre qué podría apoyarse Francia? Sobre la guerra interior que era la ruina y la muerte.

Nadie se asombrará de que en tales circunstancias nadie pensara en perseguir á los autores del movimiento del 10 de Marzo. No se vió entre estos más que patriotas que, cegados por su legítimo entusiasmo, no pudieron tolerar el engaño de la prensa girondina que negaba la exis-